El Panteón de Infantes

Bien pudiera parecer un alarde superfluo de puerilidad subrayar a estas alturas la perenne actualidad de un tema inagotable, como es el Panteón de Infantes en el Monasterio de El Escorial, o, si se prefiere mejor, de San Lorenzo el Real.

Por cierto que antes de seguir adelante quizá resulte oportuno recordar una curiosa puntualización del Padre Gabriel del Estal cuando al comienzo de un trabajo anterior sobre el grandioso monumento se expresa en estos términos:

> «Escribimos ortográficamente allí y aquí "en el Escorial", "del Escorial", "al Escorial", con minúscula y en forma contracta, por dos razones. La primera es de origen gramatical puro: la partícula "el", unida al toponímico "Escorial" es simple artículo determinante y no elemento sustancial compositivo del nombre, debiendo someterse su escritura a la ortografía común del artículo, con minúscula, en medio de frase, y con nexo de contracción, precedido de las preposiciones "de" y "a". La segunda razón es de orden histórico: hasta fines del siglo XIX la escritura unánime fue siempre con minúscula y contracción: en el Escorial, del Escorial, al Escorial...» [1].

Bien merece recordarse que la primera e inequívoca inspiración de Felipe II, al término de la gran victoria de San Quintín el 10 de agosto de 1557, se centró en la edificación de un templo conmemorativo en honor de San Lorenzo "sin descender a otros particulares –dice el Padre Sigüenza [2]– aunque nunca hizo voto de ello, como alguno sin saberlo bien ha osado afirmar y sacarlo en público".

Loable propósito que con el tiempo se consolidaría y ampliaría hasta llegar a constituir una "fábrica compleja", comprendiendo

---

1. ESTAL, G. del, "El Escorial en la transición de San Jerónimo a San Agustín. Titularidad jurídica y circunstancia histórica", *en IV Centenario de la fundación del Monasterio de San Lorenzo el Real*, Madrid 1963, t. II, pp. 561-616.

2. SIGÜENZA, J. de, *Historia de la Orden de San Jerónimo*, Madrid 1909, p. 401.

Basílica, Panteón, Convento, Palacio, Biblioteca y Colegio, traduciéndose ya en época del fundador en la octava maravilla del mundo.

No interesa ahora entrar en detalles sobre su construcción e innúmeras vicisitudes a las que Agustín de Bustamante ha dedicado un concienzudo estudio sobre El Escorial de Felipe II [3]. Sí importa, en cambio, recordar que el traslado de los restos reales para su custodia y guarda en el proyectado recinto se inicia en 1573, con los del Príncipe Don Carlos y la reina Doña Isabel de Valois, continuándose con las de Carlos V y la Emperatriz, Doña Leonor y Doña María, Reinas de Francia y Hungría, y María Princesa de España e Infante Don Fernando y Don Juan de Austria, llegando a establecerse diferencias protocolarias con aquellas reinas sin sucesión directa u otras personas reales.

Con minuciosa atención seguimos el asombroso proceso de edificación del Monasterio y decisiones sobre la realización adoptadas por su fundador respecto de la marcha de las obras, problemas planteados dentro del recinto funerario que desde el principio constituiría, si no una obsesión, sí una fervorosa preocupación.

A partir de entonces los enterramientos de personas reales continuarían sin interrupción, si bien los destinados a Reinas sin descendencia e Infantes quedarían depositadas un tanto provisionalmente en espera de emplazamiento definitivo.

Momento crítico sin duda, en el gigantesco proyecto del Rey Prudente, supondría su fallecimiento, acaecido el día 13 de septiembre de 1598, a las cinco de la mañana, según la precisa puntualización del Padre Sigüenza, acontecimiento que, si de momento no supuso una seria interrupción de la obra en marcha, sí conduciría a una sensible debilitación del ritmo mantenido hasta entonces, agravándose considerablemente a partir del cambio de dinastía, con otras miras y planteamientos.

Cuenta el Padre Quevedo, como exponente de la nueva situación, que aquejado Felipe V de unas tercianas rebeldes contra las que buscara inútilmente el remedio deseado, y no sintiendo especial inclinación hacia el Monasterio del Escorial, dirigióse hacia el Palacio Real de Balsaín, cerca del cual había una granja que tenían a corta distancia los monjes jerónimos de Santa María del Parral, muy próxima a

3. BUSTAMANTE GARCÍA, A., *La octava maravilla del mundo. Estudio histórico sobre El Escorial de Felipe II*, Madrid 1994.

Segovia y de la que no se encontraba lejana una ermita de San Ildefonso, que llegó a centrar las apetencias del Monarca.

Sería en una de sus estancias cuando estampó la renuncia formal a la Corona, declarando a la vez su intención de retirarse a vivir en el recinto. Mas fallecido su hijo y sucesor Don Luis, volvió a asumir la gobernación del Reino, que desempeñó hasta su óbito, siendo enterrado, como deseaba, en la Colegiata de San Ildefonso en la que años después sería igualmente sepultada su segunda esposa, Doña Isabel de Farnesio. Quedaba con ello alterada la costumbre establecida sobre el enterramiento de los Reyes de España.

Alteración que se mantuvo a la muerte del sucesor Fernando VI, pues fallecida primero su esposa, Doña Bárbara de Braganza, insigne benefactora del Convento de las Salesas Reales de Madrid, fue enterrada, según su voluntad, en dicho recinto, recordando el Padre Quevedo su poca afección a El Escorial a juzgar por la exclamación que acostumbraba a decir cuando se anunciaba la jornada en el Real Sitio:

"Vamos a la compañía de Reyes difuntos y frailes amortajados" [4].

No mucho después, antes de cumplir un año de viudedad, falleció Fernando VI, siendo sepultado en la misma iglesia en ostentoso sepulcro proyectado por Sabatini y esculturas de Francisco Gutiérrez [5].

No fueron ajenas al Monasterio las turbulencias políticas del siglo XIX, especialmente en cuanto a la comunidad de jerónimos –tan vinculada a su historia–, expulsada primero, exclaustrada después y extinguida más tarde, atravesando luego una época de prolongada incertidumbre –Castelar pensó convertir el Panteón de Infantes, en obras, en Panteón Nacional de Hombres Ilustres–, con presencia también de claretianos y escolapios, hasta que pocos meses antes del fallecimiento de Alfonso XII, en 1885, se encomendaron los destinos del Monasterio a la Orden de San Agustín [6], celebrándose

4. QUEVEDO, J., *Historia del Real Monasterio de San Lorenzo, llamado comúnmente del Escorial desde su origen y fundación hasta fin del año 1848. Y descripción de las bellezas artísticas y literarias que contiene*, Madrid 1849.

5. CONDE DE POLENTINOS, "El Monasterio de la Visitación de Madrid (Salesas Reales)", en *Boletín de la Sociedad Española de Excursiones* (Madrid), año XXIV, IV trimestre (XII-1916).

6. ESTAL, G. del, *El Escorial*, estudio citado.

la solemne toma de posesión el 10 de agosto de ese año, festividad de San Lorenzo [7].

Al centrar estas líneas en el Panteón de Infantes, nos parece inexcusable resaltar la espléndida monografía debida a Don Luis Moreno y Gil de Borja, primer Marqués de Borja, Intendente General que fue de la Real Casa y Patrimonio de la Corona (Madrid, 29 de septiembre de 1855-Madrid, 15 de octubre de 1917), publicada, con excelentes ilustraciones, bajo el estímulo alentador de la Reina Regente Doña María Cristina de Austria [8].

La visita al Panteón de Infantes, si impresiona por su contenido y significación, no deja de suscitar piadoso recogimiento para quien se acerca a tal cúmulo de sepulcros y nombres evocados de conocidos protagonistas de nuestro pasado. No cabe contemplar indiferentes los enterramientos que encierran y la huella de quienes quedaron, muchos de ellos ya ensombrecidos por la lejanía y el juicio favorable o adverso de la Historia. Pero no se trata aquí de exaltar virtudes o vituperar desaciertos, como si se pretendiera ahora revisar procesos con afán inapelable. Lo que tenemos a la vista perpetúa el esfuerzo evocador de unas vidas, que a su paso por el mundo, dejaron un rastro a veces de vanidad o de osadía, de abnegación o de egoísmo, tal vez de perfidia o de frivolidad, quizá de virtudes o de sacrificios. He ahí que todo ello aparece encubierto en blancas sepulturas, de misterio indefinible...

Difícil tema para el escultor lograr una diferenciación personalizada de cada una. Lo que, ciertamente, se agrava cuando se trata de personas tan dispares como Don Juan de Austria o Montpensier. La uniforme disposición de las cámaras o salas, el sistemático empleo de mármoles blancos y rotulaciones negras, la sobriedad de estilo acentúa el efecto sorprendente del recinto. Con todo, no ha contado el Panteón con una extensa bibliografía, saturada de plácemes y elogios. En un tiempo no faltaron acentos polémicos, quizá por el contrastado efecto con el propio Monasterio y por las vicisitudes de su propia construcción.

Según la documentada investigación recogida por el Marqués de Borja, podemos seguir de cerca la marcha de las obras:

---

7. RUBIO, L., "La Orden Agustiniana en El Escorial", *en IV Centenario de la fundación del Monasterio de San Lorenzo el Real*, Madrid 1963, t. I.

8. MORENO Y GIL DE BORJA, L., Marqués de Borja, *Panteones de Reyes y de Infantes en el Real Monasterio de El Escorial*. Publicado como Suplemento de *La Ilustración Española y Americana*, 1909.

> El 7 de enero de 1862 aprobó Isabel II el proyecto, que para la construcción del nuevo Panteón de Infantes, presentó el arquitecto mayor de Palacio D. José Segundo de Lema, y desde aquel momento comenzaron los trabajos preparatorios.
>
> Se montó un taller de mármoles en la planta baja de la Antigua Armería, encomendando su dirección al notable artista D. Ponciano Ponzano, encargado de la modelación de esculturas y adornos, y se contrató la ejecución en mármol de los ocho heraldos y de las veinte estatuas de niños heráldicos que decoran el Panteón, con el escultor de Carrara Jacobo Baratta di Leopoldo.

Recordemos antes de pasar adelante la señera personalidad, no bien conocida, de dicho arquitecto, muy caracterizado seguidor entre nosotros, de los postulados estéticos del célebre arquitecto francés Viollet-le-Duc y autor de notables edificios de la Villa y Corte. Perteneciente a la Real Academia de Bellas Artes de San Fernando, no llegó a leer el discurso de ingreso por su fallecimiento en 30 de septiembre de 1891 [9], fecha que viene a rectificar la que hasta ahora figuraba, refiriéndola de manera imprecisa a 1892.

Al cubrir su vacante el también arquitecto D. Adolfo Fernández Casanova, elegido en 22 de febrero de 1892 y fallecido en 11 de agosto de 1915, evocó la memoria de su antecesor en estos términos: "Era el Arquitecto D. José Segundo de Lema, de vasta instrucción, de depurado entendimiento estético y de sencillas y austeras costumbres; y estas relevantes cualidades se reflejan patentemente, así en las fábricas monumentales como en los edificios privados que construyó y que tanto realzan su nombre" [10].

> Volviendo a los términos del contrato con Baratta di Leopoldo, el Marqués de Borja señala que las obligaciones impuestas fueron éstas: ajustarse en un todo a los modelos de Ponzano, con arreglo a los cuales los heraldos tendrían, comprendida su correspondiente porte arquitectónica, un alto de dos metros diez centímetros y un espesor en toda su masa de ciento diez palmos genoveses cúbicos; emplear mármoles selectos de Carrara, que el escultor desbastaría, adornaría y pulimentaría, y embalar y remitir al puerto de Alicante dos estatuas grandes cada seis meses.

9. *Boletín de la Real Academia de Bellas Artes de San Fernando* (Madrid), XII (1892) 214.

10. *El arte mauritano.* Discurso de ingreso en la Real Academia de Bellas Artes de San Fernando. Madrid, 12 de junio de 1892.

> El precio estipulado por cada uno de los heraldos fue el de mil duros, y el de dos mil reales por cada uno de los niños heráldicos. También se encargó Baratta de la remisión de mármoles de Portoro o Porto Venere, Bardiglio y rojo de Levante. Grande fue la actividad que a las obras se imprimió, compitiendo vaciadores, moldeadores y escultores de Madrid, con los cinceladores, adornistas y pulidores llevados a El Escorial bajo la dirección del hábil escultor italiano Giuseppe Galleotti, lo cual no obstó para que al sobrevenir el movimiento político de septiembre de 1868, los trabajos si bien muy adelantados estuvieran aún sin terminar [...], de las veintiocho estatuas encargadas a Baratta, los veinte niños heráldicos y cuatro de los cuatro grandes estaban ya en El Escorial, dos de éstos se hallaban en los almacenes de Palacio y los otros dos, concluidos y encajonados, estaban aún en Italia.

Todo quedó por entonces en suspenso, y así hubiera probablemente continuado sin la intervención decisiva de Alfonso XII que en 25 de mayo de 1877 mandó proseguir la obra, destinando a ella cinco mil pesetas mensuales. Comenzaron de nuevo a funcionar los talleres, se abonaron las deudas atrasadas, y la obra no volvió a sufrir la menor interrupción.

> En 17 de noviembre de 1886 bendijo el Panteón el Reverendo Padre Fray José Lobo, por delegación especial del Cardenal-Arzobispo de Toledo, y en los días 21 y 23 del mismo mes tuvo lugar la traslación de los cadáveres, depositados en el antiguo de Infantes y en pudrideros, ajustándose a lo dispuesto por Felipe IV en carta de 12 de marzo de 1654 al Prior del Monasterio.
>
> En 1.° de marzo de 1888 se dieron definitivamente ultimados algunos detalles inconclusos. Por último, en 11 de mayo de 1889 se consagraron cinco altares por Don Benito Sanz y Forés, Arzobispo de Valladolid.

Sin ánimo de perderse en inciertas conjeturas, bien cabría preguntar a qué motivos obedecería la designación de Ponzano, encomendándole la dirección del gran empeño artístico del Panteón de Infantes, en el que lo escultórico habría de ofrecer desde el punto de vista artístico relevante significación.

Desaparecidos Damián Campeny y Antonio Solá, otros maestros de la época pudieron haberse tenido en cuenta. Recuérdense los nombres de José Piquer y Duart –Primer Escultor de Cámara de la Reina de los tristes destinos–, Sabino de Medina –Escultor honorario,

premiado en el concurso de la Academia de 1831 y autor de obras notables como la celebrada estatua de Eurídice a la cabeza–, Francisco Pérez Valle –ligado también al ámbito palatino–. A fecha posterior corresponderían Jerónimo Suñol (1840), Ricardo Bellver (1845) y Agustín Querol (1860), que por su misma edad no alcanzaban a tener todavía la brillante personalidad que el futuro les reservaba.

A ello habría de añadirse el momento histórico, al que nos hemos referido en otra ocasión con estas palabras: "A mediados de la última centuria, la Escultura española se encontraba en un momento de cortesana brillantez pero decaída de empeños ambiciosos" [11].

Careciendo de testimonios concluyentes, presumible resulta al menos, que el bagaje de méritos profesionales –sin olvidar su propia formación, primero a la sombra de Alvarez Cubero y después en Roma al lado de Thorwaldsen y Tenerani– y su propia devoción al pasado abonaría favorablemente el honroso encargo recibido. Cuéntase que a poco de concluir su celebrada estatua de la Infanta Luisa Carlota –preciada joya del Panteón de Infantes–, su hijo, el Rey Don Francisco de Asís, le felicitó efusivamente por el acierto logrado.

Al llegar a este punto parece oportuno recordar la figura de Ponzano, digno del buen recuerdo que evoca [12].

Fue Ponzano un escultor entrañablemente enamorado de su profesión noble y envidiable, en la cual, ganando un día el estímulo de Alvarez Cubero, alcanzó otro la protección generosa del Conde de Toreno, y más adelante, como un reconocimiento público de sus méritos –ya consagrados por la Academia–, el nombramiento de Escultor de Cámara honorario.

Logró en su tiempo notorio prestigio, del que se haría eco Castelar al dedicarle este párrafo: "El Sr. Ponzano, renombrado escultor cuyas obras han merecido tantos laureles, tiene en su arte esa laboriosidad y esa perseverancia, esa corrección en el dibujo, esa limpieza en el modelar, esa perfección en las formas, ese conocimiento del ideal clásico, ese estudio de la Antigüedad, que dan rica inspiración a su mente, y que imprimen el sello de la inmortalidad a sus obras" [13].

11. PARDO CANALÍS, E., *Escultura española de un siglo*. Primer centenario de las Exposiciones Nacionales de Bellas Artes, Madrid 1955.

12. PARDO CANALÍS, E., *Escultores del siglo XIX*, Madrid 1951.

13. CASTELAR, E., "El techo del Paraninfo de la Universidad Central. El Paraninfo de la Central, antes templo del Noviciado. Y los muy nobles retablos y sepulturas subsistentes", en *Boletín de la Sociedad Española de Excursiones*, Madrid 1945, II trimestre.

En nuestros días encontramos una precisa referencia de Tormo a Ponzano, de quien afirma: "Fue todavía un neoclásico, pero en modernización "siglo XIX" [14]. Suscribiríamos unas y otras palabras; añadiríamos que el artista demostró atención en los asuntos, nervio de la composición, prolijidad en los detalles, agudeza en la observación del original, y habríamos acertado probablemente a sintetizar un juicio estimable sobre Ponzano.

Conocemos un retrato suyo, dibujado a lápiz por Federico de Madrazo, al que podemos añadir el debido a Julio Nombela, guiada su pluma fácil por gratos recuerdos personales: "Dotado de una serenidad de espíritu, de una paciencia beatífica, de una amabilidad sincera, cuantos le trataban le profesaban verdadero cariño. Sus discípulos y los obreros le adoraban y le respetaban. La nobleza, la lealtad de su alma se reflejan en sus ojos, de una dulzura inefable" [15].

Hijo del Conserje de la Academia de San Luis, nació Ponciano Ponzano en Zaragoza el 19 de enero de 1813. Demostró desde niño sus aficiones al dibujo, estimuladas por la observación cotidiana de los fondos del Museo, anexo a la Academia.

Cuando Alvarez Cubero regresó definitivamente de Italia, pasó por Zaragoza, y admirado de las disposiciones de Ponzano, decidió protegerle; pero el escultor cordobés murió a poco, y, habiendo obtenido aquél una pensión facilitada por la Academia de San Luis, se trasladó a la Corte, donde asistió a las clases de la Academia de San Fernando, y trabajó sucesivamente bajo la dirección de Álvarez Bouquel, Barba y Salvatierra.

En el concurso de 1832 ganó el segundo premio de la primera clase, por lo que fue pensionado para estudiar en Roma.

Allí trabó relación con artistas sobresalientes de aquel período: Thorwaldsen, Finelli, Richter, Horacio Vernet, Solá y otros, pudiendo continuar en la Ciudad Eterna, al suspender el Gobierno las pensiones, gracias a la protección del Conde de Toreno, de la Reina María Cristina y, sobre todo, de su fuerza de voluntad e inquebrantable vocación artística.

Acontecimiento capital en su vida supuso la concesión, en 1848, del premio del concurso organizado para elegir el modelo del bajorrelieve que habría de figurar en el tímpano del Congreso de Dipu-

14. TORMO, E., Nota al estudio de E. Castelar citado en la nota 10.
15. NOMBELA, J., *Impresiones y recuerdos*, Madrid 1914, t. I, 2.ª ed.

tados, triunfo que le abrió amplio crédito de prestigio, iniciando en Madrid su época de mayor actividad de producción.

Perteneciente a las Academias de San Fernando, San Lucas y San Luis, Escultor honorario de Cámara de Isabel II, Profesor de la Escuela de Bellas Artes, Secretario honorario de S.M. la Reina, Comendador de las Órdenes de Carlos III e Isabel la Católica, figuró en algunos jurados de las Exposiciones Generales de Bellas Artes.

Murió en Madrid el 15 de septiembre de 1877 y fue enterrado en la Sacramental de San Lorenzo [16].

En relación con el taller montado para las tareas del Panteón, contamos con una curiosa referencia personal sobre el artista en estos años debida a un distinguido paisano y amigo. Se trata de Don Jerónimo Borao, Catedrático de Literatura y Rector de Universidad Cesaraugustana, autor de varias obras de su especialidad y cuya memoria recordamos hace años en la *Revista de Ideas Estéticas* [17], a través de un artículo publicado en "La Academia", de 1878, al año siguiente del fallecimiento del escultor.

En dicho trabajo evoca el autor el taller de Ponzano, al que visitaba con frecuencia, en la antigua Armería, cuando se ocupaba en el mausoleo de la Infanta Luisa Carlota, destacando, como reflejo de su competencia y laboriosidad, que "de los canteros sacaba artistas" [18].

Por otra parte, acerca de los comentarios vertidos sobre su obra específicamente en el Panteón, debe tenerse muy en cuenta que dicho taller se abrió, como se ha indicado, en 1862 y permaneció en actividad hasta la *gloriosa* Revolución de septiembre de 1868, manteniéndose en suspenso hasta que en 1877, después de la Restauración de Alfonso XII, se mandó reanudar las obras –según lo indicado–, con la sensible novedad de que en el verano del mismo año falleció en Madrid el propio Ponzano, deduciéndose, por tanto, que su intervención –limitada a pocos años y no siendo el único escultor que trabajara en el conjunto– no fue vista o comprendida con la deseable ecuanimidad.

---

16. PARDO CANALÍS, E., "En el centenario de Ponzano. Carta abierta a quien corresponda", en *Heraldo de Aragón*, Zaragoza, 12 de octubre de 1977.

17. PARDO CANALÍS, E., "Un estudio de Borao sobre Ponzano", en *Revista de Ideas Estéticas* (Madrid), n.° 112 (IX-XII-1970).

18. Frase de "La Ilustración" recogida por Borao en su articulo citado en la nota anterior.

Posteriormente, en cuanto al propio Panteón, ha de registrarse –sin menoscabo para la puntual observancia de lo dispuesto sobre el depósito temporal de los restos conservados en el pudridero– la sepultura de la Infanta Doña María Teresa de Borbón –hermana de Alfonso XIII, casada con Don Fernando de Baviera–, fallecida en 23 de noviembre de 1912 y cuya obra, en mármoles negros, corrió a cargo del arquitecto Don Luis de Landecho, colaborador de José Segundo de Lema en el Palacio de Zabálburu.

Un aspecto de gran interés, no solamente histórico sino decorativo, presenta el suntuoso repertorio de motivos heráldicos que ornamentan los sepulcros del Panteón de Infantes, cuya visita –al sentir del Padre Ursicino Alonso Mayo– constituye para el aficionado un verdadero deleite. Y no es para menos, siguiendo puntualmente sus aleccionadoras indicaciones al destacar que así como en el Panteón de los Reyes –donde reposan los restos de una emperatriz (Isabel) y de un emperador (Carlos)–, y deben ponerse en la puerta de acceso los atributos del personaje de mayor categoría, en el de Infantes, concluido en 1886, resulta asimismo correcto denominarlo de esa forma ya que en este lugar están enterrados varios reyes y reinas [19].

Pasa a referirse en particular a algunos enterramientos, destacando la representación correspondiente:

> "Motivos heráldicos, modelados por Ponzano y trabajados por J. Baratta di Leopoldo, adornan las cámaras sepulcrales: heraldos con dalmáticas con las armas reales, aspas de Borgoña de mármol

19. Entre otros autores, se han referido al Panteón de Infantes:
   - SERRANO FATIGATI, E., "El Panteón de Infantes en El Escorial", en *La Ilustración Española y Americana*, Madrid, 8 de diciembre de 1983, pp. 356-358.
   - MARQUÉS DE LOZOYA, *Historia del Arte Hispánico*, Madrid 1949, t. V, p. 228.
   - PORTELA SANDOVAL, F., "La escultura en el Monasterio de El Escorial", en *Fragmentos* (Madrid), n.º 4-5 (1985) p. 112.
   - GAYA NUÑO, J. A., "Arte del siglo XIX", en *Ars Hispaniae*, Madrid 1966, t. IX, pp. 175-179.
   - NAVASCUÉS PALACIO, P., *Arquitectura y arquitectos madrileños del siglo XIX*, Madrid 1973.
   - NAVASCUÉS PALACIO, P., "Arquitectura española 1808-1914", en *Summa Artis*, Madrid 1992, t. XXXV.
   - GÓMEZ-MORENO, M.ª E., "Pintura y escultura española del siglo XIX", en *Summa Artis*, Madrid 1994, t. XXXV, pp. 67 y 68.

entre los sepulcros y veinte escudos de Austria y Borbón, alternos con coronel español todos, en la rotonda o Mausoleo de Párvulos.

Una rica variedad de blasones, figuras, ornamentación exterior, etc., puede admirarse en los testeros o frentes de las sepulturas; todo muy cuidado, respetadas al detalle las leyes heráldicas.

Así, coronas borbónicas españolas y de la Casa de Austria; reales francesas (sepulcro de la Reina Leonor de Francia); de archiduques de Austria (Filiberto de Saboya); de electores del Imperio (Wenceslao, Carlos); de príncipes (Margarita); de infantes, etc.

Collares del Toisón; Carlos III, San Fernando, y otros (sepulturas de María Teresa de Borbón, Duques de Montpensier).

Simbólicos lazos blancos y negros de viudas y doncellas (Leonor; María de Hungría; Ana, mujer de Carlos II; Luisa, reina de Etruria). Alegóricas palmas y rosas rodeando las armas (Luisa, mujer de Carlos II; María e Isabel, de Felipe II; Margarita, hija de Felipe III, y María del Pilar, de Isabel II).

En losange, los escudos femeninos (como en los sepulcros de las reinas citadas).

Insignias eclesiásticas (del Cardenal-Infante Don Fernando).

Insignias militares y navales (bastones de mando y anclas en las armerías de Don Juan de Austria e Infante Don Fernando, hijo de Felipe III).

En la cámara quinta, el sepulcro de Don Juan de Austria, todo de mármol blanco, modelado por Ponzano y trabajado por Giussepe Galleoti. La estatua yacente con arnés de guerra, Toisón y copia de la espada del héroe de Lepanto. En los lados, las armas de Austria sobre dos bastones en sotuer y ancla, con corona de cinco florones. A la cabecera el escudo que Don Juan llevó siempre en su pendón y fue su preferido; medallón con un crucifijo orlado por el lema: "Christus vincit - Christus regnat - Christus imperat" [20].

No quisiera cerrar estas líneas sin una breve referencia a un viejo proyecto que bien cabe calificar de histórico, y al que el correr de los años ha venido a prestar un aire de cercana actualidad. Se trata del traslado de los restos de la Reina Doña María de las Mercedes, dulce consorte del Rey Pacificador como figura en su epitafio.

---

20. ALONSO MAYO, U., "Heráldica escurialense", en *Monasterio de San Lorenzo el Real. El Escorial, IV Centenario de la Fundación* (1563-1963), Real Monasterio del Escorial 1963, pp. 617-665.

Casada con Alfonso XII en la Basílica de Atocha el 23 de enero de 1878, su prematuro fallecimiento a los cinco meses vino a ensombrecer más aún la aflicción del Monarca el hecho de haber muerto sin descendencia, privándole por ello del habitual enterramiento en el Monasterio reservado a las Reinas madres. De ahí que se dispusiera su inhumación provisional, erigiéndose un sencillo sepulcro, según traza asimismo de don José Segundo de Lema, en la antigua Capilla de San Juan, donde se conservan sus restos hasta el traslado definitivo al nuevo templo catedralicio de la Almudena, tan vinculado desde los comienzos a su personal devoción. Consagrado por el papa Juan Pablo II en su visita a Madrid el día 15 de junio de 1993, parece que la prolongada espera se acerca a su término...

Enrique PARDO CANALÍS
Real Academia de Bellas Artes de San Fernando